

FRANCISCO VEIGA
Y ANDRÉS MOURENZA
(COORDINADORES)

El retorno de Eurasia, 1991-2011

Veinte años del nuevo
gran espacio geoestratégico
que abrió paso al siglo XXI

19

EDICIONES PENÍNSULA

BARCELONA

© Francisco Veiga y Andrés Mourenza (coordinadores), 2012
© de los textos: Ana Cardenes, Arturo Esteban, Daniel Iriarte,
Pablo Martín, Carles Masdeu, Ricardo Mir de Francia, Agus Morales,
Andrés Mourenza, Nicolás de Pedro, Antonio Pita, Juan Sánchez Monroe,
Carlos González Villa, Luis Sánchez y Francisco Veiga, 2012

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2012
© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2012
Ediciones Península,
Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.
info@edicionespeninsula.com
www.edicionespeninsula.com

VÍCTOR IGUAL · fotocomposición
LIMPERGRAF, S.L. · impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 39.543-2011
ISBN: 978-84-9942-130-8

*Este libro está dedicado a todos los que confiaron
en Eurasian Hub; y también a aquellos de los
nuestros que nos dejaron o llegaron a lo largo de
estos meses: para Juber y Niel*



— — — El «óvalo de la violencia» según Zbigniew Brzezinski

*And these wars, they can't be won
Does anyone know or care how they begun?
They just promise to go on
And on and on
But soon we will see
There can be only one*

*United States!
United States!
Of...
Eurasia!*

De la canción «United States of Eurasia»
del grupo de rock alternativo Muse, 2009



ÍNDICE

Los autores	13
Prólogo	17

PRIMERA PARTE 1979, LA SEMILLA LEJANA

1. Irán, la Revolución Islámica, 1979, <i>por Pablo Martín</i>	31
2. La invasión soviética de Afganistán y sus consecuencias, <i>por Arturo Esteban y Agus Morales</i>	49

SEGUNDA PARTE EL NUEVO ESPACIO DEL ASIA CENTRAL

3. Estrategias para Eurasia: el retorno de Mackinder, <i>por Carles Masdeu</i>	79
4. El espacio exsoviético del Asia Central: Estados, clanes, linajes, <i>por Juan Sánchez Monroe</i>	107
5. Empiezan las revoluciones de colores, <i>por Carlos González Villa</i>	159

ÍNDICE

TERCERA PARTE
NUEVOS Y VIEJOS ACTORES

6. El 11-S y sus consecuencias: Afganistán y AfPak,
por Agus Morales 193
7. Llegan los turcos, *por Andrés Mourenza* 215
8. La incógnita china, *por Nicolás de Pedro* 247
9. El búnker iraní, *por Pablo Martín* 273

CUARTA PARTE
ESCENARIOS INESPERADOS

10. El Cáucaso: de la herida chechena a la Guerra
de Georgia y el Califato, *por Arturo Esteban* 307
 11. La eterna cuestión kurda, *por Daniel Iriarte* 335
 12. Las inesperadas revoluciones kirguisas,
por Luis Sánchez 359
 13. El protagonismo israelí, *por Antonio Pita,*
Ana Cardenas y Ricardo Mir de Francia 389
- Epílogo: Eurasia: fijando el concepto,
por Francisco Veiga 417
- Notas 433

LOS AUTORES

ANA CARDENES (Madrid, 1975): es periodista y licenciada en Administración de Empresas por la Universidad de Maastricht (Holanda). En la última década ha vivido y trabajado como corresponsal para múltiples medios en países del sur de Asia, Sudeste Asiático y Oriente Medio, entre ellos India, Afganistán, Sri Lanka, Nepal e Indonesia. Desde 2008 vive en Jerusalén y es corresponsal de la Agencia EFE en Israel y los Territorios Palestinos.

ARTURO ESTEBAN (Madrid, 1968): es colaborador del grupo Eurasian Hub. Licenciado universitario por la Universidad Complutense de Madrid, tiene los títulos de Experto Universitario en Servicios de Inteligencia, y Experto Universitario en Comunicación Pública y Defensa, organizados por la UNED y el Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado. Es diplomado en Comunicación Social del Ministerio de Defensa, en colaboración con la Universidad Complutense de Madrid. Posee también el curso de Información Pública de la OTAN, y ha participado en cuatro misiones internacionales en los Balcanes. Ha publicado trabajos en el boletín del CESEDEN, y en otras revistas especializadas en Defensa.

CARLOS GONZÁLEZ VILLA (Araure, Venezuela, 1986): es investigador del departamento de Estudios Internacionales de la

Universidad Complutense de Madrid. Se ha especializado en el estudio de los Estados semiperiféricos en el sistema-mundo en los Balcanes y el espacio postsoviético. Ha sido visitante en la Escuela Superior de Estudios Internacionales de la Universidad Johns Hopkins y de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Ljubljana.

DANIEL IRIARTE (Zaragoza, 1980): reside en Turquía desde 2009, desde donde escribe para el diario *ABC* y otros medios españoles para los que cubre el área del Mediterráneo Oriental. Licenciado en periodismo, ha trabajado extensamente como reportero en el Magreb, Oriente Medio, el Cáucaso y el Sudeste Asiático. Es también guionista y codirector del largometraje documental *El rumor de la arena* (2007), sobre el conflicto del Sáhara Occidental.

PABLO MARTÍN (A Coruña, 1964): militar de carrera con más de 20 años de servicio, ha participado en los contingentes militares españoles en Afganistán, Irak, Pakistán y Líbano, en tareas de reconstrucción, transporte y desminado. En la actualidad prepara una tesis doctoral sobre el sistema político iraní. También desarrolla, en Eurasian Hub, un proyecto para el tendido de un sistema ferroviario completo en Afganistán.

CARLES MASDEU (Barcelona, 1984): es licenciado en Historia Contemporánea por la Universitat Autònoma de Barcelona. Prepara un trabajo de investigación sobre la política exterior norteamericana en la región eurasiática.

RICARDO MIR DE FRANCIA (Castellón, 1976): licenciado en Periodismo por la Universidad Pompeu Fabra. Durante seis años cubrió Oriente Próximo para *Reforma* y *El Periódico de Catalunya* desde Jerusalén. En junio de 2011 asumió la corresponsalía de *El Periódico* en Washington.

AGUS MORALES (Barcelona, 1983): corresponsal de la Agencia EFE en Islamabad, Pakistán. Previamente trabajó también en la delegación de EFE en la India. Ha cubierto eventos como la situación política tras el asesinato de la ex primera ministra paquistaní Benazir Bhutto o el atentado terrorista de Bombay de noviembre de 2008. Está completando una tesis doctoral de Literatura Comparada en la Universitat Autònoma de Barcelona sobre Rabindranath Tagore, el único Premio Nobel de Literatura de la India.

ANDRÉS MOURENZA (A Coruña, 1984): licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universitat Autònoma de Barcelona, experto en Cultura y Religión Islámicas por la UNED. Trabaja como periodista colaborador de la Agencia EFE y *El Periódico de Catalunya* desde Estambul cubriendo Turquía, el Cáucaso, Grecia, Chipre y el norte de Irak.

NICOLÁS DE PEDRO (Barcelona, 1975): es investigador de CIDOB, Centro de Estudios y Documentación Internacionales de Barcelona. Ha participado en misiones de observación electoral de la OSCE en Kirguistán (2009, 2010), Tayikistán (2010) y Ucrania (2010). Además, ha realizado una investigación sobre el terreno en Kirguistán, Tayikistán, Uzbekistán, Xinjiang (China) y Kazajstán, donde realizó una estancia académica de 24 meses (2005-2007) becado por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).

ANTONIO PITA (Madrid, 1979): ha sido corresponsal para distintos medios en Rabat, París y Jerusalén, donde desde 2007 ejerce como redactor de la Agencia EFE. Licenciado en Periodismo y Máster en Relaciones Internacionales por la Universidad Complutense de Madrid, habla inglés, francés, hebreo y árabe.

JUAN SÁNCHEZ MONROE (Pinar del Río, 1946): diplomático de la República de Cuba, con destinos en la antigua Unión Soviética.

ca y legaciones en la Europa oriental desde 1965. Embajador en Serbia y Montenegro. Máster en Historia de los Pueblos Eslavos y doctorado de Historia de la Diplomacia por la Universidad Lomonosov de Moscú. Experto en la dirección de Países Socialistas del Minrex y profesor de Teoría de las Relaciones en el Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI) «Raúl Roa García».

LUIS SÁNCHEZ (Madrid, 1978): licenciado en Historia por la Universidad Complutense de Madrid, en la especialidad de Antropología. Diploma de Estudios Avanzados por la UNED en 2010, en el programa de Doctorado de Europa del Este y Antigua Unión Soviética. Socio fundador de la Asociación Hispano-Kirguís «Sumalak». Colaborador del Observatorio de Asia Central del Centro de Estudios Internacionales para el Desarrollo (CEID) de Buenos Aires. Becario del Programa Ruy de Clavijo 2011 de Casa Asia con el proyecto de revista electrónica *Eurasiática*.

FRANCISCO VEIGA (Madrid, 1958): profesor de Historia de la Europa Oriental y Turquía, Departament d'Història Contemporània, UAB, desde 1983. Ha colaborado con diversos medios de comunicación sobre cuestiones relativas a su ámbito de especialización. Autor de libros como *La trampa balcánica* (Grijalbo, 1995 y 2002), *Slobo. Una biografía de Slobodan Milosevic* (Debate, 2004), *El turco. Diez siglos a las puertas de Europa* (Debate, 2006 y 2007) y *El desequilibrio como orden. Una historia de la posguerra fría, 1991-2008* (Alianza, 2009). Ha trabajado como asesor del Ministerio de Asuntos Exteriores en cuestiones referidas a la candidatura turca a la UE, y como colaborador habitual de diversos medios de comunicación. Es uno de los fundadores e impulsores de Eurasian Hub y el Grup de Recerca en Història Contemporània (GReHA).

PRÓLOGO

En las Navidades de 1991, la Unión Soviética tocó a su fin, y con ello apareció una nueva constelación de Estados soberanos en el mundo, entre ellos los cinco «istanes»: Kazajstán, Uzbekistán, Turkmenistán, Kirguistán y Tayikistán. Así, en el corazón de Asia Central se produjo un cambio de gran calado, puesto que esas cinco repúblicas, por entonces casi completamente desconocidas para el ciudadano europeo o americano, abrieron un nuevo espacio geoestratégico. Para algunos revivía el Gran Juego disputado por ingleses y rusos en el siglo XIX, actualizado por la pugna en torno a la energía y los recursos naturales de la zona. Para otros se abría la última gran frontera que podía quedar en un mundo que caminaba a marchas forzadas hacia la globalización. Cabía también la posibilidad de considerar que la desintegración de la Unión Soviética, y con ella la del viejo Imperio ruso, diluía el bloqueo secular que impedía una comunicación más fluida entre Europa y China, propiciando la aparición de una versión corregida, ampliada y modernizada del viejo concepto eurasiático. Y ese es precisamente el contexto que da pie a este libro y a la idea de que en todos estos años se ha producido un verdadero retorno de Eurasia.

Han transcurrido ya dos décadas desde la implosión de la Unión Soviética y ese es un margen que da para contemplar con cierta perspectiva la evolución del fenómeno. La primera conclusión es que, precisamente ahora, transcurridas dos dé-

cadras, ha terminado por cuajar: el desbloqueo entre Oriente y Occidente a través de Asia Central se ha completado dando paso, por qué no, a una nueva fase evolutiva en años venideros. En 1991 se inició un proceso ciertamente revolucionario, continuación paradójica del que tuvo lugar en 1917, pues siendo el resultado visible la destrucción del experimento soviético, el resultado real ha sido el de poner patas arriba a todo el enorme continente eurasiático. Sin embargo, el libro no se queda en el Asia Central exsoviética, sino que abarca el Asia Central meridional —que incluye Irán, Afganistán y Pakistán—, Anatolia, el Cáucaso, y el Kurdistán, amén de la aparición de nuevos actores en el horizonte, China e Israel entre ellos.

El contenido de la obra se estructura en base a cuatro grandes bloques que parten de un estudio preliminar de la revolución iraní y la guerra antisoviética de Afganistán, con origen ambos fenómenos en el año 1979. Esa semilla lejana conecta con el estudio del nuevo espacio del Asia Central, que se abre en 1991, y que ocupa un lugar central en el libro. Incluye un par de capítulos dedicados a las estrategias intervencionistas desarrolladas básicamente por la potencia vencedora de la Guerra Fría, Estados Unidos, y un estudio extenso de la evolución de la política interna en las repúblicas del Asia Central exsoviética.

El tercer apartado pasa revista a las situaciones que han supuesto o pueden suponer una ruptura en Asia Central. Aunque es evidente que la Guerra de Afganistán, iniciada en 2001, ha tenido un gran impacto en toda la región, la creciente presencia de turcos, iraníes y chinos supone todo un desafío interpretativo, dado que a veces refleja más los temores u obsesiones occidentales que procesos reales, capacidades o intenciones de los actores. Por otra parte, chinos, iraníes y turcos siempre han estado presentes en Asia Central, de una forma u otra, por lo que ahora se impone determinar qué papel nuevo o tradicional están desempeñando, no solo ante el reordenamiento político de la zona desde 1991 o 2001, sino ante la acción geo-

política de otras potencias en la zona, tales como Estados Unidos, Rusia o la Unión Europea. De ahí que ese bloque de capítulos lleve por título: «Nuevos y viejos actores».

Para concluir, el cuarto apartado del libro está dedicado a los escenarios inesperados. Un caso llamativo es el de Kirguistán, que, tras haber protagonizado la «Revolución de los Tulipanes» en 2005, sufrió una nueva conmoción, cinco años más tarde, seguida de una transición de incierto derrotero. Pero hay otras regiones eurasiáticas que vale la pena considerar. También se cumplen veinte años de la nueva andadura del Cáucaso, región que ha sufrido diversas guerras en este periodo de tiempo, y que desempeña un papel decisivo en la comunicación entre Asia Central y Europa; es, por lo tanto, un corredor estratégico de primer orden. El Kurdistán es otro escenario que vivió cambios decisivos como consecuencia del final de la Guerra Fría, que quedaron completados por la invasión de Irak en 2003 y la aparición de un protoestado kurdo que, con el tiempo, se ha consolidado con éxito y podría variar la estructura geopolítica de esa zona que articula Asia Central con Oriente Medio. Por último, Israel no llega todavía a la categoría de actor decisivo en el espacio eurasiático, aunque sí que es capaz de contribuir a la generación de nuevos escenarios.

Por lo tanto, este libro ofrece información y análisis. Pero el sentido final de la obra es también el de generar planteamientos renovados. Y no solo en relación con el material que se encuentra en cada uno de los capítulos. El proyecto incluye recoger el punto de vista de especialistas muy variados y con grados de experiencia dispares. Firman este libro periodistas, historiadores, militares, diplomáticos, investigadores especializados. En sus apreciaciones hay, según los casos, muchos años de veteranía o nuevas formas de ver las situaciones, junto con calidad profesional y análisis que surgen del testimonio directo y el trabajo de campo. En función de los autores, se aporta una cosa o la otra, o varias a la vez.

Por otra parte, a pesar de su disparidad, todos ellos han contrastado sus informaciones o puntos de vista en nuestro foro de trabajo durante meses. No solo eso: ocasionalmente se aventuran a traspasar las fronteras de su propia especialización para intervenir en el terreno de los demás. Esa versatilidad incluso propició que expertos que ni siquiera se conocían personalmente, separados por siete mil kilómetros de distancia, redactaran conjuntamente un capítulo.

Así que esta obra pretende ser también la demostración de que en España y Latinoamérica existe una constelación de auténticos especialistas en Eurasia y Asia Central, que en muchos casos pasan desapercibidos: para el mundo universitario, para la diplomacia, para la prensa, para aquellos estamentos profesionales que no son el suyo propio. Son profesionales que en varios casos conocen una o varias lenguas exóticas, a veces muy difíciles de aprender, que llevan años residiendo en países lejanos o manejando un importante volumen de información, pero que están lejos del relumbrón mediático o de la merecida consideración académica. El proyecto Eurasian Hub nació en febrero de 2008 para descubrirlos y ponerlos en contacto, potenciando sus conocimientos y acercándolos al mundo universitario.

Por lo tanto, Eurasian Hub se diferencia de los *think tank* de modelo anglosajón por el hecho de que no depende de ningún partido político, institución gubernamental, universidad o empresa comercial, y, en consecuencia, la independencia de criterio de sus análisis y proyectos es total. No existe ninguna supervisión ni se rinden cuentas a nadie. La financiación externa es nula y la dinámica de funcionamiento se parece más a una cooperativa, por lo que la asociación se define como un laboratorio, o, más precisamente, como un «colaboratorio de ideas». Cada miembro utiliza libremente el resultado de esa interacción en sus actividades laborales o académicas, y, a cambio, aporta toda la información o el análisis que desee. De esa forma, el foro, que es el núcleo de la actividad de Eurasian

Hub, incluyendo el diseño de nuevos proyectos y actividades, permite que los socios desarrollen una actividad continuada.

Así pues, los capítulos de *El retorno de Eurasia* no son un mero compendio ocasional de materiales, sino el fruto de un trabajo coordinado, destilado a lo largo de meses, diseñado y corregido para encajar en un todo. Previamente, una parte de las ideas y conclusiones ya se habían expuesto durante unas jornadas celebradas a lo largo de junio y julio de 2010 en el Institut de Ciències Polítiques i Socials (ICPS) de Barcelona, organizadas por Eurasian Hub bajo el título del presente libro.

Llegado el momento de la redacción, los textos de todos los participantes fueron corregidos y/o revisados por el resto de los compañeros. La revolución que es ya Internet permitió hacer realidad ese planteamiento. Sin embargo, en estos tiempos en que aún hay medios de comunicación que postulan a redes sociales como Twitter o Facebook como desencadenantes de revueltas sociales (e incluso de revoluciones), nuestra experiencia en la redacción de este libro nos ha enseñado que lo importante para que una empresa salga adelante son las viejas cualidades de siempre —la audacia, la superación de los prejuicios, la confianza en las propias capacidades— y ese sentimiento que distingue al experimento científico: la curiosidad y la voluntad de probar. Todo ello aderezado con meses de constancia. En ese sentido, todos y cada uno de los que han contribuido a que este libro saliera a flote han aportado su cuota particular de esfuerzo.

Andrés Mourenza, cuya calidad profesional como periodista y cuyo nivel de exigencia contribuyeron de forma importante a imponer unos benéficos criterios sintácticos y de encaje estructural con los que la obra en su conjunto ha ganado mucho en calidad. Le costó semanas de esfuerzo, aparte del trabajo que invirtió en su propio capítulo. Al otro lado del Atlántico, el embajador Juan Sánchez Monroe hubo de compaginar sus labores docentes en el Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI), de La Habana, con la redacción

de su extensa aportación. Dada la dificultad para acceder a Internet que tienen los ciudadanos cubanos, la coordinación de los trabajos con él ha sido una pequeña hazaña que el embajador salvó brillantemente con su veteranía y capacidad profesional, probada en numerosos destinos diplomáticos difíciles, en Europa Oriental, los Balcanes, la antigua Unión Soviética y Mongolia. Por su parte, Arturo Esteban y Agus Morales demostraron una gran profesionalidad y buena fe trabajando juntos en la historia de la Guerra antisoviética de Afganistán sin ni siquiera conocerse, ni compartir profesión, el uno en Cádiz y el otro en Islamabad: el experimento salió admirablemente bien y queremos creer que marca todo un precedente en la praxis académica, al menos en España. Pablo Martín tuvo que salvar un imponderable en la programación de la obra, logrando completar uno de sus capítulos en un tiempo récord, aparte del que ya había redactado meses antes. Nicolás de Pedro se prestó a aportar sus conocimientos en medio de un complicado traslado laboral, y a poco del nacimiento de Niel, su primer hijo; todavía no sabemos cómo logró terminar su capítulo mientras buscaba piso o trasladaba sus pertenencias de ciudad a ciudad. A buen seguro que pudo hacerlo gracias a su profundo conocimiento de Asia Central, de la cual es uno de los mejores expertos en toda España. Su amigo y compañero de especialización, Luis Sánchez, completó su aportación al libro mientras ponía en marcha y metía presión a su propia aventura profesional, en torno a la Asociación de Amistad Hispano-Kirguís «Sumalak». Ana Cardenas, Antonio Pita y Ricardo Mir de Francia, desde Jerusalén, tuvieron que dar un fuerte acelerón a su capítulo, mientras cumplían esforzadamente con la cobertura informativa de la última ronda de negociaciones israelo-palestinas, en el otoño de 2010. Agradecemos además su confianza en el proyecto, dado que su incorporación era muy reciente. Quedan por mencionar Daniel Iriarte, quien hubo de redactar su contribución entre idas y venidas de corresponsal por Oriente Medio, justo cuando co-

menzaban las revueltas árabes. Y Carles Masdeu, que terminó de arruinar sus vacaciones de Navidad redactando el ensayo, a la par que hacía turnos dobles en su puesto laboral en la librería. Para terminar, no tenemos noticia de que Carlos González Villa tuviera especiales dificultades para completar su capítulo; pero no podemos por menos de agradecerle que, junto con Pablo, fuera de los primeros en entregarlo, dando ánimos a los demás y poniendo en marcha todo el proceso descrito.

Coordinar todo ese caudal de esfuerzo a lo largo de meses fue una tarea ingente. Que, además, continuó a la hora de adecuar las aportaciones para la edición final del libro. Un problema que supuso muchas horas de seguimiento y discusión fue el de la adecuación de nombres, toponímicos y conceptos procedentes de la enorme variedad cultural eurasiática, a la transcripción más adecuada. Dado que los autores son expertos en aquello sobre lo que han escrito, hemos tendido a aceptar sus sugerencias y argumentos con preferencia a las recomendaciones de la Real Academia Española o la Fundación del Español Urgente (FUNDEU). Aunque somos conscientes de que los problemas planteados son imposibles de resolver al cien por cien y de que resultaría inmanejable incluir aquí la enorme lista de conclusiones que los coordinadores han debido ajustar, sí podemos dejar constancia de aquellos más generalizados y que afectan a más de un capítulo del libro. Así, por ejemplo, hemos cambiado el fonema «kh», utilizado en las transliteraciones en fuentes inglesas, y, por lo tanto, inexistente en castellano, por la «j». Un caso especialmente complejo de adecuación lo ha planteado el nombre del emperador mogol Gengis (o Gengish) Khan, que, atendiendo a su pronunciación original, resulta más correcto transcribir como Yenguis Jan. De ahí se deriva el adjetivo «yenguisida», referido a las líneas familiares y clánicas o a las prácticas políticas derivadas del modelo establecido por Yenguis Jan.

La utilización de la «j» y la «y» en las transcripciones del árabe o el persa también nos han planteado dilemas similares.

PRÓLOGO

Hemos optado por utilizar la «y» en aquellos términos ampliamente difundidos en los libros de estilo de nuestros medios de comunicación. Por ejemplo: «yihad» y no «jihad». Ahora bien: si el autor realiza una transcripción directa y completa del término, respetamos las prácticas habituales que utilizan los lingüistas. Por ejemplo, en la transcripción técnica de la organización *Jama'at-i Islami*, mantenida en cursivas, no se ha sustituido la «J» por la «Y».

La denominación de algunas repúblicas también ha comportado cierta discusión. Al final hemos mantenido Kazajstán, y excluido Kazajistán. Y, en cuanto a Kirguistán, se ha impuesto sobre Kirguizia y Kirguizistán. También se han marcado las diferencias entre «turkmeno» y «turcomano». Para las transcripciones desde el chino mantenemos las pautas Wade Giles, y los nombres y toponímicos en ruso se han examinado con cuidado.

Barcelona, Madrid, Zaragoza, Cádiz,
Estambul, Islamabad, Jerusalén, La Habana,
6 de marzo de 2011

PRIMERA PARTE
1979, LA SEMILLA LEJANA



A finales de la década de 1970, el mundo pensaba todavía en términos de Guerra Fría. Por lo tanto, la mayor parte de los conflictos que tenían lugar en la arena internacional eran inmediatamente atribuibles a la autoría soviética o estadounidense. La revolución que se extendió a lo largo de 1978 y terminó por derribar al shah de Irán resultó ser un fenómeno especialmente inquietante, tanto en Occidente como en la Unión Soviética. Y no es que fuera tan nuevo el resurgir del protagonismo islámico: ya a comienzos de la década, la primera crisis del petróleo, relacionada con la Guerra del Yom Kippur, fue una primera manifestación de fuerza. Pero era comprensible para la mentalidad occidental de la época: se basaba en el control de los recursos petrolíferos por unos cuantos países árabes y en su voluntad de utilizarlos contra el enemigo israelí. Dado que Estados Unidos apoyaba a Tel Aviv, y los soviéticos a los países árabes, aquello parecía una mera versión de un guion conocido, más en clave arabista que propiamente islamista.

Sin embargo, lo ocurrido en Irán tenía connotaciones más preocupantes. La revolución era como el remate ideológico del poder musulmán resurgente. Y eso ya no resultaba tan comprensible. Aún lo parecía menos la aparente capacidad que tenía la revolución iraní para extenderse y entusiasmar a otros musulmanes. Violencia, lógica ininteligible y capacidad de expansión componían un cóctel muy turbador para las mentalidades occidentales de finales de la década de 1970. En reali-

dad, lo seguiría siendo treinta años más tarde. Muy poco tiempo después de que el enigmático ayatolá Jomeini tomara el poder en Teherán, ya se comenzó a hablar de la «bomba islámica».

Inicialmente, tanto rusos como americanos y europeos rescataron del cofre de los recuerdos aquel Gran Juego del siglo XIX, entre los Imperios ruso y británico. Al fin y al cabo, el tablero había sido Afganistán, que durante decenios había formado parte del Imperio persa como provincia oriental. La asimilación de lo que estaba sucediendo fue totalmente ilusoria: se basaba en la presunción de que la revolución iraní había sido obra de los servicios de inteligencia del contrario: la KGB para los americanos, la CIA para los soviéticos. Por el momento, ese intento de encajar la realidad a martillazos en los esquemas del propio recuerdo, de las propias pesadillas, pareció aliviar la incertidumbre cuando se desplazó bruscamente hacia Afganistán.

En las Navidades de 1979, los soviéticos invadieron el territorio del aliado afgano, nerviosos ante la posibilidad de que el país terminara por convertirse en provincia de lo que parecía un nuevo imperio irano-musulmán. Al fin y al cabo, buena parte de la población afgana habla persa. A partir de ahí, las Repúblicas Socialistas Soviéticas serían el siguiente objetivo. Entre ellas, la pequeña Tayikistán, también de mayoría persófona.

Para los occidentales no era sino el Gran Juego, y, en aplicación de las viejas reglas, solo se trataba de ayudar y manipular a los enemigos locales de los soviéticos. El hecho de que se le concediera un papel muy activo a Pakistán reforzó la adscripción del conflicto a los esquemas de la Guerra Fría, máxime teniendo en cuenta que en ese país, como en Turquía y otros del mundo musulmán, los mismos militares habían alistado a los islamistas locales en el gran combate contra el comunismo. Pero el conflicto en aquel rincón de Eurasia se complicó por sí solo. Así, la guerra desencadenada por Irak

contra el vecino Irán, respaldada activamente por Washington, era también expresión de los intentos del islamismo suní por marcar al chiismo revolucionario, y, a la vez, una forma de compensar las frustraciones frente a Israel.

Por lo tanto, la asimilación a esquemas preconcebidos por las superpotencias de aquellos conflictos referidos a un islamismo radical de nuevo cuño no contribuyó a disolver los problemas de fondo que los emparentaban en realidad. La invasión soviética de Afganistán fue una maniobra de contención, y su fracaso final realzó la revolución iraní; años más tarde, la invasión de Irak por la coalición liderada por Estados Unidos, en busca de las inexistentes armas de destrucción masiva, puso de relieve la potencia del islamismo radical en Afganistán. En las cancillerías occidentales, todo aquello quizá conservaba elementos y reflejos del Gran Juego; pero, a finales del siglo xx y a caballo del xxi, era ya otra cosa.

Así, lo sucedido en aquel lejano 1979 fue el remoto acceso al protagonismo del Asia Central, que tendría lugar a finales de ese mismo siglo. La compleja y enigmática revolución iraní fue la mecha de la agónica Guerra afgana antisoviética; y esta contribuyó de forma apreciable al colapso de la Unión Soviética en 1991. En 2011, los grandes protagonistas problemáticos en la zona siguen siendo, cómo no, Afganistán e Irán.